
PLAZA PÚBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Hoy, la Hora 25
¿Y un día después?

Henos aquí, a millones de seres humanos, contemplando pasmados, llenos de pesadumbre o indignación, pero paralíticos, cómo se aproxima la hora en que despeguen los cazas y los bombarderos furtivos o a cielo abierto desde sus bases y sus portaaviones, y cómo son preparados los misiles, quizá con ojivas envenenadas, para trazar en el espacio tórrido sus giros de

15-ENERO-1991

muerte. Nunca hemos perdido la conciencia, los simples mortales, del modo en que nuestras vidas son modeladas por voluntades poderosísimas, ajenas a la nuestra, atentas a su propio interés. Pero en pocas oportunidades ese desnudo hecho ha cobrado tal flagrantia como ahora.

No perdamos el tiempo en discernir cuál agresor es culpable. Ninguno de los protagonistas podría alegar en su favor factores de descargo que aligeraran su responsabilidad histórica. Tanto peca el que mata la vaca como el que le detiene la pata, solemos decir, en sentencia exactamente aplicable a este caso. Aunque pueda identificarse el origen, en el tiempo, de quien inició la carrera —que todavía no queremos creer irrefrenable— hacia la destrucción, no será posible sin hipocresías atribuir a uno de los combatientes el papel de verdugo y a otro el de víctima.

Una propaganda largamente administrada nos ha hecho recelar de los árabes en general. Si son musulmanes, como la mayoría lo son, es más espesa nuestra reticencia, por el dogmatismo católico, paralelo al que sus fundamentalistas proclaman. Los árabes son, para los mexicanos, infieles tanto como lo somos para los creyentes en Alá quienes no profesamos ese credo. Nos parece, además y siempre por el efecto de una propaganda bien administrada, que sus fines históricos y los medios que emplean para acercarse a ellos son incomprensibles. Se trata de otra mentalidad, de otra cultura, nos decimos para obviar el esfuerzo de saber qué son y qué persiguen pueblos en gran medida semejantes al nuestro. En cambio, vemos con naturalidad el comportamiento norteamericano. Ya no preguntamos quién autorizó al gobierno de Washington a convertirse en defensor de la soberanía de Kuwait, o a impedir que un ejército bárbaro consolide su violación al derecho internacional, o a determinar el nivel de la producción y los

precios del petróleo en el mundo. Simplemente, el gobierno de Estados Unidos actúa como si las normas generales no le fueran aplicables y se rigiera por un estado de excepción. Por sobrados motivos, entonces, en su propio seno cunde una insatisfacción y aun una cólera crecientes, por la decisión de exponer a la muerte a personas que no comprenden por qué deben pelear a quince mil kilómetros de distancia, siendo que su hogar no está en peligro.

Así pues, la hora se aproxima. Ni siquiera sabemos, bien a bien, cuándo se inaugura el tiempo de la muerte. Cuando concluya el 15 de enero ¿dónde? ¿En Nueva York, donde se dictó la sentencia, no contra Hussein sino contra miles y aun millones de iraquíes, palestinos, israelíes y ciudadanos de todas las naciones que expirarán al finalizar el término? ¿En Kuwait, donde debe cumplirse el retiro demandado por las Naciones Unidas? ¿O cuando sea la medianoche en el meridiano de Greenwich, como con asepsia se ha propuesto?

Esa indefinición, que puede dar lugar a desconciertos que se conviertan en ataques fuera de control, es el menor de los muchos absurdos que llevarán a la muerte y el sufrimiento a la humanidad. Porque, sin hipérbole, nadie escapará a los efectos letales del estallido que quizá se produzca dentro de algunas horas. La contaminación que genere el colosal, inconcebible incendio petrolero, la infición universal causada por virus dispersos en todos los aires, la optimizada eficacia de la más alta tecnología de la muerte, recaerán tarde o temprano sobre todo lugar.

La sentencia sobre Irak fue, hoy lo sabemos, una sentencia sobre todos los hombres. Y los condenados sólo podemos dolernos, pesarosos, de no haber sabido construir un mundo en que los intereses aparecieran desnudos, como tales, y no disfrazados de grandes palabras por las cuales se nos invita a bien morir o, peor aún, a ver cómo mueren desgarrados los que siempre vivieron desgarrados.